

TODO ES MENTIRA

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío, se dio cuenta de que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sabana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y se le cayó al suelo.

Ricardo desconocía donde se encontraba. La voz metálica que escuchó a través del teléfono le sobrecogió. Giró la cabeza hacia el rincón en que un loro parlanchín repetía: «Estás muerto», «estás muerto». La voz del teléfono también le había dicho: «Estás muerto», «estás muerto».

«Estoy vivo». Contestó su cabeza.

Sí, en circunstancias extrañas que no lograba comprender. ¿Qué mente retorcida le había preparado esta broma de mal gusto?

¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo...!, clamaba sin voz.

¡Qué calle, ese maldito loro, no lo soporto!

Su cuerpo desnudo, más aterido de miedo que de frío, se aferraba a la sábana. Descubrió una pulsera de papel abrazando su muñeca. A pesar de la incertidumbre, no recordaba haber acudido a un hospital, ¿estaba en un sanatorio? Sintió que alguien entraba en la habitación, se acercó hasta él, le miró en silencio, cubrió la jaula del loro con una tela y marchó. Quiere hablar, pero a Ricardo las palabras se le ahogan en la boca, permanece inmóvil y mudo. Sin posibilidad de escapatoria, saltar de la cama y salir huyendo de esa pesadilla. Es testigo de su propia catatonia.

Suena el teléfono, cesa al segundo tono. Se repite varias veces. Llamar y colgar, llamar y colgar, sin poder alcanzar el auricular. Sospecha que alguien desea provocarle ofuscación y temor. Un difunto no recibe noticias y menos la de su muerte. Se supone que eso él ya lo sabe.

Una mujer vestida de blanco evanescente comprueba la pulsera de papel en su muñeca, se aproxima a su oído y le susurra: «Todo es mentira». Después le inyecta algo en el brazo derecho, cerca del hombro, y le dice: «Descansa».

Anda perdido en un laberinto verde de enredaderas, es una selva oscura donde no penetra la luz. Camina inseguro, evitando que la maraña de lianas le envuelva en un abrazo. Percibe el sonido de las aves y entre todas ellas, el mensaje del loro se impone. En su extravío se desmorona y precipita por un hoyo profundo. La tierra que arrastra en la caída ciega sus ojos. Ahora sí, se dice: «Puedes morir».

Tropezar y caer, alzarse y continuar en la brecha, la supervivencia por la vida es un camino apremiante. En momentos puede parecer un reloj detenido, a pesar de ponerle cuerda cada día. A Ricardo le acompaña la sensación de no tener pertenencia ni arraigo, su pasado son huellas desaparecidas en la arena de una playa. Los recuerdos de su infancia, igual a fotografías empañadas de niebla, algo anodino, que no inspiran un relato cierto. Sus ensoñaciones sí delinean un camino por donde transitar con la esperanza de llegar a un destino.

••

Le sustentan treinta y tres años de insípida juventud, posee escasos conocidos y solo un amigo, Julián. La timidez le hace parecer un poco antisocial, teme acercarse a las mujeres en busca de una relación, pero desea descubrir el amor. Se conforma con la soledad y la compañía de Milo, su fiel mascota. Lo conoció con un mes de vida y lo adoptó, de eso ya han pasado dos años. Milo busca socializar con otros perros y personas, también es fiel y agradecido. El animal escucha atento las órdenes del amo. Mueve la cabeza, orienta las orejas como antenas y capta el mensaje que más tarde ratifican su mirada y el rabo.

Ricardo es ilustrador independiente, trabaja en un pequeño ático, con las paredes colmadas de dibujos. En sitios inalcanzables para Milo ha situado las tintas, lápices, pinceles y otros materiales. Recibe encargos de editoriales, publicaciones varias o particulares. Desde la gran mesa de dibujo, mientras trabaja, entabla interminables monólogos con su mascota. Le muestra resultados, consulta su parecer, si mueve el rabo es señal de aprobación. Ante la palabra «premio» Milo se planta sentado, estira una pata, después la otra y su mirada viene a decir: «dámelo ya, que no me aguanto». Reconocen sus códigos de lenguaje corporal y es depositario de muchas confidencias íntimas de su amo, pues sabe guardar secretos.

La espaciosa y soleada terraza es el lugar preferido por el podenco, allí tiene sus juguetes y también un gran observatorio del entorno. Al otro lado de la calle, justo en el terrado de enfrente, ha descubierto a Tuna, una cría Schnauzer que le gusta. También hay otros congéneres hospedados al cuidado de Eva y su abuela Lola. Eva es una joven maestra, sin trabajo fijo, instalada en casa de su *nana*, donde prepara oposiciones. El perro reclama atención, ladra cuando ve a Tuna y a Eva en el exterior, esto provoca que Ricardo salga al terrado, dedique una escueta mirada a la vecina y le haga callar. Él piensa: «Este amo larguirucho, desastrado y tímido necesita un empujón», «tranqui, yo te ayudo».

—Milo, vamos de paseo, trae tu correa.

El perro tiene sus propios planes: —no en vano, es un cachorro inteligente—. Al salir a la calle se empeña en cruzar de acera, olfatea las marcas dejadas por Tuna, tira de la correa y de Ricardo hacia el rastro en busca del encuentro. Se dirigen al descampado, próximo al barranco. El cielo anuncia lluvia, están a finales de agosto, un mes proclive a las tormentas.

—Si caen algunas gotas nos refugiaremos bajo el puente hasta que cese.

••

Ricardo adoptó a Milo, luego decidió instalarse en el lugar donde pasó un verano de la infancia y alquiló el estudio con terraza. La mascota también es feliz en esta localidad, allí han encontrado un ritmo sin celeridad. Están ellos dos solos, no hay más familia, pues a los cinco años Ricardo perdió a sus padres en accidente de carretera. Su abuela paterna se hizo cargo de él y cuidó hasta su fallecimiento. Con tan solo doce años, su nuevo hogar de acogida fue una institución, donde conoció a Julián.

Milo va tirando impaciente, arrastra a Ricardo hasta el descampado, es un perro impetuoso, dominado por las emociones, su amo le disculpa, pues todavía es un cachorro. Cuando transcurren unos minutos alejados uno del otro, el reencuentro es una celebración. Se precipita sobre él, le colma de saltos y lametazos como si hubieran estado una temporada sin verse. Esta mañana, al llegar al descampado le libera de su correa, y Milo se sumerge entre la maleza en busca del disco que le lanza Ricardo.

Pero hoy no han tomado una decisión acertada. Lo perciben de inmediato. Las primeras gotas gruesas les obligan a buscar refugio con rapidez bajo el puente. Están solos, sin nadie más por el lugar. Pese al chaparrón, intentan ascender y alejarse del barranco. En escasos minutos el cielo se encapota con nubarrones oscuros, el terreno se ha enfangado, comienzan a llegar las primeras escorrentías y las aguas de los aliviaderos descargan con virulencia sobre el barranco. Logran ascender hasta una roca grande. Allí, de momento, aún no les alcanza el nivel del agua.

En esa espera infecunda, el tiempo se alarga igual a una sombra y pasan muchas cosas por la cabeza de Ricardo. Le acude una ráfaga de dolor al recordar la pérdida de sus padres y de su abuela. Se siente solo y vulnerable. Gracias a Milo, la vida le recompensó en parte. También cuando conoció a su educador, a Julián, en el centro de acogida. De él recibió ayuda en los momentos difíciles, entendió su dolor de orfandad y supo encauzarle los estudios hacia una profesión que le hace feliz. Sin la generosa implicación de este hombre, al que respeta y considera casi como a un padre, la vida de Ricardo habría sido muy diferente.

La corriente de agua invade el barranco y el descampado, desborda los márgenes con la fuerza de un río turbulento y se aproxima al nivel de la roca. Arrastra cañas arrancadas de cuajo, ramas tronchadas de árboles y también una plancha de chapa, donde pasmada de miedo y frío se sustenta, a duras penas, Tuna. La plataforma con la perrita va a la deriva, por fortuna encalla contra la roca que da amparo a Ricardo y Milo. Ambos, al descubrirla, se lanzan a salvarla sin temor.

Después la corriente les engulle.

••

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío, se dio cuenta de que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sabana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y esta vez sí escuchó una voz amiga.

—Hola soy Julián. Estás bien. Lo peor ya ha pasado.

—¿Y Milo? —Preguntó Ricardo con voz temblorosa.

—Milo y Tuna están a salvo en casa de Eva. Te esperamos, no estás solo.

Ricardo, embargado por la emoción, rompe en llanto silencioso y no puede hablar. Los tres se han salvado. Milo y él consiguieron recuperar a Tuna. Siente la cálida protección de una fuerza inexplicable. Desde lo más íntimo, su ser da gracias a la vida.

Las tristezas del pasado no deben adueñarse de su futuro. El sueño de amar, puede ser real. Ha de abandonar su encorazada timidez confiando en sí mismo. Cuenta con la ayuda incondicional de Julián y Milo para lograrlo. Anhela abrazarse a todos, junto a Tuna, Lola y Eva.